



VERANO, LA EXTRAÑA HISTORIA DE UN PEZ PLATEADO

- Mirá el cielo, ¿ves? Después de las estrellas, hay estrellas.

Verano no miraba casi nunca el cielo. Para qué iba mirar si acá estaban las cosas brillantes, hermosas y ciertas. El cielo estaba tan lejos y allá igual no había otros como él, sabalito tierno.

-Mirá el cielo, Verano. Aunque no creas, de ahí saliste vos. De un fulgor venido al río. Antes, hace muchísimos años, el mundo dormía la siesta. A veces se le caían los sueños a La Tierra y acá quedaban. Sos un sueño que cayó al río una siesta de diciembre. El mundo estaba soñando con soles,

con soles plateados que recorrían las galaxias como nadando en lo oscuro.

A Verano lo que decía La Costa le sonaba a cuento. Mentira que él era un sueño del mundo. Y si era verdad mejor hubiera sido quedarse sol nomás, con los otros soles y no solo, acá. Ahora hacía días que no se cruzaba con otro sabalito igual que él, muchos se quedaban, todavía chiquitos, en las redes de las pesqueras. Había salido desde Paraguay varios meses atrás, vino bajando como dice la gente, hasta el Paraná.

-¿Y ahora no sueña más el mundo?

- Duerme. Pero soñar, lo que se dice soñar, sueña poco. Es difícil soñar cuando estás preocupado, Verano.

-¡Tendría que soñar de nuevo! ¡Más soles y más lunas, tendría que soñar con... lluvias!

La Costa lo hamacó en su agua. Era cierto que estaba flaco el río y que los peces casi no alcanzaban a llegar. La sequía había empezado hacía mucho y cada vez peor se había puesto.

Mientras lo hamacaba, La Costa siguió contando.

- Me acuerdo cuando el mundo soñaba todas las noches y todas las siestas. No dejaban de caer sobre el agua doraditos encendidos cuando el mundo soñaba con fogatas y si soñaba con diamantes caían mojarritas. Una noche soñó con un tigre y cayó el primer surubí, no sabés cómo nos asustamos. A la siesta más que todo caían flores, no sé con qué habrá estado soñando el mundo cuando aparecieron los camalotes, capaz con nubes verdes que el viento iba soplando.

Verano un poquito no lo podía creer y otro poquito lo creía todo. Miraba para arriba con la esperanza de que justo en ese instante cayera un sueño nuevo. Mientras imaginaba una lluvia de seres desconocidos una idea amarga se le cruzó por la cabeza.

- ¿Y qué estaba soñando el mundo cuando cayó el plástico?

El sabalito sabía que todo el plástico que había en el río lastimaba el agua y los peces. Por eso, y por la pesca, estaba tan solo y los sábalo río arriba, que ya eran poquitos, no bajaban al Paraná.

-No, Verano-dijo La Costa- el plástico no lo soñó el mundo. El plástico lo soñaron las personas.

-¿Qué? ¿Los sueños de las personas también caen al río?

-No exactamente. Las personas soñaron con tener cosas, con muchas cosas para comprar y hasta con cosas que nunca iban a poder tocar. Lo importante era que existieran cosas y que esas cosas rápido dejaran de servir y que hicieran falta cosas nuevas para reemplazar a las que ya no servían. Pero los sueños de las personas no flotan hasta el río como los del mundo. Los sueños de las personas se hacen en las fábricas.

-¿Las fábricas hacen el plástico?

- Si. Las fábricas hacen el plástico, el humo, hacen esa agua sucia que escupen sus bocas redondas que ves allá y que ellos llaman desagües.

-No me gustan las fábricas.

-Hay fábricas y fábricas, Verano. Algunas buscan la forma de poder convivir con los seres del mundo mientras construyen las cosas que las personas necesitan. Y también hay gente que es tierna con la tierra, entonces la tierra le ofrece unas papas hermosas o unas calabazas inmensas y hasta árboles de frutas dulcísimas y anaranjadas.

Verano se quedó pensando en lo lindo que sería que el mundo soñara sueños que hicieran caer sobre las personas ganas de tener menos cosas, sueños que le dieran a los niños y los grandes y a los abuelas y las abuelas, unos ojos más grandes y atentos, unos oídos despiertos, una boca y una nariz ansiosas por los perfumes hermosos y los sabores sutiles.

- Tengo una idea- le dijo Verano a La Costa- ¿vos podés avisarle a las plantas, a los peces y a todas las especies de flores y de bichos que me escuchen?

La Costa, intrigada, contestó que sí. Primero habló con la brisa, hicieron juntas un oleaje suavecito que llevaba en su vaivén el mensaje.

En un par de horas toda la fauna y la flora del río estaba lista para escuchar a Verano.

-Amigos -dijo Verano casi susurrando- vamos a cantarle al mundo una canción de cuna. Necesitamos que se apure a soñar que la gente vuelve a cuidar la tierra.

Cuando los pájaros escucharon la palabra “canción” empezaron a silbar todos juntos, cuando el Irupé empezó a escuchar el canto de los pájaros improvisó un arrullo con el movimiento de sus pétalos y el canto fue un canto perfumado. Los peces movieron las colitas marcando un ritmo como de corazón, las nutrias chapotearon, el yacaré cantó y cantó el carpincho y todos los demás se sumaron al coro suave.

El sol iba ocultándose mientras cantaban. Cuando por fin desapareció detrás del horizonte, un bostezo largo y ancho sonó en el cielo.

Cuento: **Rocío Lanfranco**
Ilustración: **Verónica Moreira**

